

DE VUELOS Y SUEÑOS ALBALAT

Ahora corro sobre el asfalto duro y negro, mamá. Y tengo zapatillas, que amortiguan la zancada larga y me impulsan hacia adelante, mientras siento la felicidad de volar sobre las piernas endurecidas, ya libres, como alas vigorosas. Y mientras corro, sintiendo cómo el corazón, en plenitud, bombea sangre y vigor, la memoria me sitúa, otra vez junto a ti, en nuestra aldea africana, donde aprendí a correr a la vez que a andar, para acarrear el agua, acompañarte a la selva a buscar raíces y frutos, mientras tú caminabas a paso ligero, y yo trotaba a tu lado; y para acudir a la escuela, los pocos días que fui, a cinco kilómetros de nuestra casa, que siempre los hacía a la carrera. Entonces iba corriendo a todos sitios, incluso después de que me llevarais a la curandera para el ritual, para amputarme el sexo y suturar la herida con alambre. Después del desgarrar y del dolor, enseguida, a los pocos días, empecé a correr otra vez, aunque ahora con los pasos cortos y las piernas muy juntas, para aliviar el dolor. Porque entonces no sólo me quitasteis aquella impureza de la que hablabais las mujeres de la aldea, sino también la felicidad de correr, de sentir mis piernas abiertas sobre los caminos, las zancadas largas con los pies desnudos, mi cuerpo moviéndose libre, ahora mutilado, cosido, limitado, con dolor, siempre con dolor. Pero no te lo reprocho, mamá. Yo sé que sólo hiciste lo que habían hecho contigo, y con tu madre, y con la madre de tu madre. Siempre fue así. Y tú no querías que yo fuera distinta, ni que me quedara sin marido y sin familia, sin sustento ni futuro, porque si no me amputabais aquella impureza, aquella vergüenza con la que nacíamos las niñas, según decíais, nadie se casaría conmigo, y al final sería una mendiga, marginada y apartada.

Tampoco pensaste entonces que aquella dolorosa ablación y sus suturas me impedirían correr, que para mí era como si a un pájaro le impidieran volar, le cosieran las alas. Porque entonces mi vida era una carrera incesante, continua, para buscar y transportar el agua y la comida desde los pozos y la selva, para aprender a leer en la lejana escuela, para jugar, para sentirme libre y feliz por los senderos de la selva, mientras corría y oía chillar a los monos y el vuelo espantado de los pájaros; o para huir de algunos animales salvajes, que a veces se asomaban entre los árboles, y entonces yo corría más, sin volver la vista atrás, a toda velocidad, con todas mis fuerzas, retándolos a que me persiguieran, a que intentaran atraparme.

Como corro ahora, mamá, sin volver la vista atrás, hacia la meta, donde me esperan los sueños durante tanto tiempo imaginados, perseguidos; mientras me acuerdo

de ti. Pero ahora corro sobre el asfalto duro de las calles de una ciudad de España, de Europa, donde quisiste que nos viniéramos, cuando mataron a papá, en aquella guerra inacabable, siempre encendida, dejándonos de continuo su sangre y su miedo.

Eran aquellos miedos, y la desolación infinita que me invadió cuando sufrí la ablación, los que me dejaron anegada con la niebla oscura y densa de una tristeza infinita. Tampoco antes había sido una niña alegre ni comunicativa. Siempre estaba callada, encerrada en mi mundo. Por eso quizá sintiera aquella necesidad de correr, de escaparme, de ser libre, de sentir en la cara la brisa del aire, el sudor del esfuerzo, el golpeo de mi corazón. Pero, cuando sufrí la ablación, aquella tristeza que anidaba en mi pecho, desde entonces, se tornó en una niebla negra y fría que me supuraba por la mirada, ya siempre sombría. Y ya nunca me oíste reír. Sólo sonreía a veces, con los ojos, pero siempre callada, con un gesto mudo, sin el ruido de la risa.

Por eso a veces me cantabas mi canción, la que fuiste a buscar a la selva cuando estabas embarazada. Esa era la costumbre en nuestra aldea africana: las mujeres embarazadas, al sentir que albergaban una nueva vida, se adentraban entre los árboles más altos y frondosos, y emitían sus plegarias, sus rezos a la selva, a la naturaleza, mientras esperaban oír entre el rumor de las brisas, del sonido incesante de los pájaros, la canción del nuevo ser. Porque todos tenemos nuestra canción, que está en el viento, en la vida, y la madre tiene que buscarla, atrapar su sonido del aire, la melodía en que está la identidad de su hijo, que luego los demás le recordarán a lo largo de su vida, en los acontecimientos fundamentales de su existencia, y, al final, en su muerte. Y cuando tú escuchaste la mía, te la aprendiste, y volviste a la aldea, a esperar a que yo naciera, para cantármela. Luego también me la cantaste en cada celebración, en cada momento importante de mi vida, en cada ritual. Por eso también la escuché cuando me llevaste a la curandera, para que me amputara el sexo con una cuchilla. Allí oí el sonido melódico de mi canción, antes de que mis alaridos acallaran tu voz y mi música, y ya sólo se escucharan los aullidos del dolor.

Y también me la cantabas cuando te dolía mi tristeza profunda, mi incapacidad para emitir el ruido de la risa. Lo hacías como un conjuro, porque sabías que en mi canción estaba la esencia de mi vida, y, con ella, con su sonido mágico, quizás volviera a mi origen, a mi ser inicial, despojada de los sufrimientos añadidos que nos va dejando la vida, los avatares de la existencia, los dolores y las tristezas que acaban invadiéndonos, alterándonos.

Ahora también la canto, mamá. Mi canción. Como tú me enseñaste. La canté al principio de la carrera, antes de iniciarla, para encontrarme conmigo misma, para reforzarme, sentirme yo, y prepararme anímicamente para el esfuerzo, mantenido.

Y ahora mi canción me suena de nuevo en la memoria, y noto la brisa de su melodía, que me cala, y me alivia el cansancio que ya siento. Porque sigo corriendo deprisa, con zancadas largas, potentes, con estas zapatillas que amortiguan e impulsan, de competición, de la mejor marca, compradas por el club al que ahora pertenezco, pues confían en mí, en mi forma de correr, extraña, dicen, como si pretendiera levantar el vuelo.

Ya hace tiempo que volví a correr con zancadas largas, mamá, sin dolor, desde que un doctor me curó las heridas y me liberó de las suturas. Fue él quien me propuso la operación, cuando me vio una tarde correr por el parque, aún cosida, con los pasos cortos y las rodillas muy juntas. Cuando al fin encontré un trabajo que me gestionaron desde el centro de acogida, en el servicio doméstico de una buena familia, establecí mi vida, y me organicé el tiempo, para estudiar, y para correr, de nuevo. Quería volver a percibir las sensaciones de mi infancia en África, a sentir que volaba, otra vez, sobre las piernas; aunque ahora fuera despacio, con pasos muy cortos, para evitar el dolor. Por eso, cuando acabé de correr una tarde, en el parque, un doctor, que me había observado, me preguntó por mi vida y por mi historia, y yo le hablé de mi niñez en África, del sufrimiento del ritual de la ablación y de mis ganas de volar otra vez sobre las piernas, como cuando era niña y recorría a toda velocidad los senderos de la selva. Entonces él me propuso la operación, que yo acepté, con ilusión y emoción. Y me intervino a los pocos días, y me liberó de las heridas y las suturas, y enseguida, en cuanto me dijo que ya sólo quedaban cicatrices y recuerdos, empecé a correr, otra vez, pero ahora libre, a zancadas cada vez más amplias, sintiendo las piernas liberadas, las alas desplegadas, otra vez, como cuando era niña y volaba, a ras del suelo, por la selva.

Luego empezaron los entrenamientos más frecuentes y más intensos, mis primeras participaciones en las carreras que organizaban en la ciudad. Y, al final, la propuesta de un club de atletismo, con un entrenador, con buenas zapatillas, con planes y objetivos. Era el inicio de los sueños, cuando me dijeron que podría llegar muy lejos, a los campeonatos nacionales o, incluso, internacionales, por mi forma de correr distinta, peculiar, muy eficaz, con unas piernas que sólo rozaban el suelo, mientras me impulsaban como si cortaran el aire, como aleteos.

Y ahora estoy aquí, mamá, corriendo en este campeonato tan importante, ilusionada, porque sé que en la meta están los sueños anhelados, perseguidos durante tanto tiempo. Son los que tú también soñaste para mí. Por eso decidiste que nos aventuráramos en aquel viaje infernal, cuando mataron a papá, y allí, en nuestra aldea, sólo nos quedaban recuerdos, y más miseria, y sangre, y miedo. De modo que decidiste vender todo lo que teníamos, e incluso es posible que tú también te vendieras, para que nos incorporaran al grupo que pretendían sacar del país, y de África, primero en un camión, a través del desierto, y luego en una barca, en una frágil patera, que al final, como otras muchas, acabó hundiéndose, antes de llegar a la costa. Y tú te quedaste allí, mamá, en el agua, con los ojos repletos de miedo y de mar, mientras me mirabas, y movías la boca, posiblemente para cantarme mi canción, para que sintiera mi vida, en plenitud, en su esencia, y luchara por ella, para salvarla. Por eso yo también la escuché, y sentí de nuevo la selva dentro de mí, su fuerza, su vigor, y nadé, como había aprendido en el río, con las aletas de mis piernas, rompiendo las olas a manotazos, a brazadas, tragándome la sal y el mar, pero avanzando, hundiéndome a veces, y enseguida emergiendo, respirando a borbotones, y otra vez a brucear, y a aletear, con mis piernas, incansables. Y, cuando ya estaba exhausta, con el pensamiento, cantaba mi canción, y de nuevo sentía la fuerza de la selva y el vigor de las alas de los pájaros, de un hálito de vida interior, que me impulsaba hacia adelante, hacia la costa, hacia la vida. Llegué a la playa apenas sin aliento, pero con muchas ganas de vivir. Por mí, y por ti, mamá. Te lo debía. No me podía morir. No se podían quedar tus sueños incumplidos.

Y ahora, ya están en el horizonte, en esa meta, a la que puedo llegar como una corredora importante, famosa, en este país, que también ya es el mío, y en el mundo entero.

Pero ahora las piernas ya duelen, mamá. No es el corazón, que sigue bombeando la sangre y la ilusión, ni el pecho, ni la respiración, más intensa ahora; son las piernas, que parecen resistirse a seguir avanzado, a continuar aleteando con la intensidad de antes. Por eso escucho mi canción, otra vez, y siento de nuevo, como cuando naufragamos, la fuerza de mi vida, el vigor de mis alas. Y ya no dejo de cantarla hasta que oigo el ruido de la gente, de los aplausos, en la recta final, sin nadie por delante. Siento entonces la extraña sensación de que mis pies se elevan por encima del asfalto, y tengo que hacer un esfuerzo para seguir en contacto con el suelo, para evitar levantar el vuelo. Y, al cruzar la meta, canto otra vez mi canción, mamá, la que tú escuchaste en la

selva, en la que está mi origen, mi ser, la que cuenta una historia de pájaros y alas, de vuelos y sueños.